

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

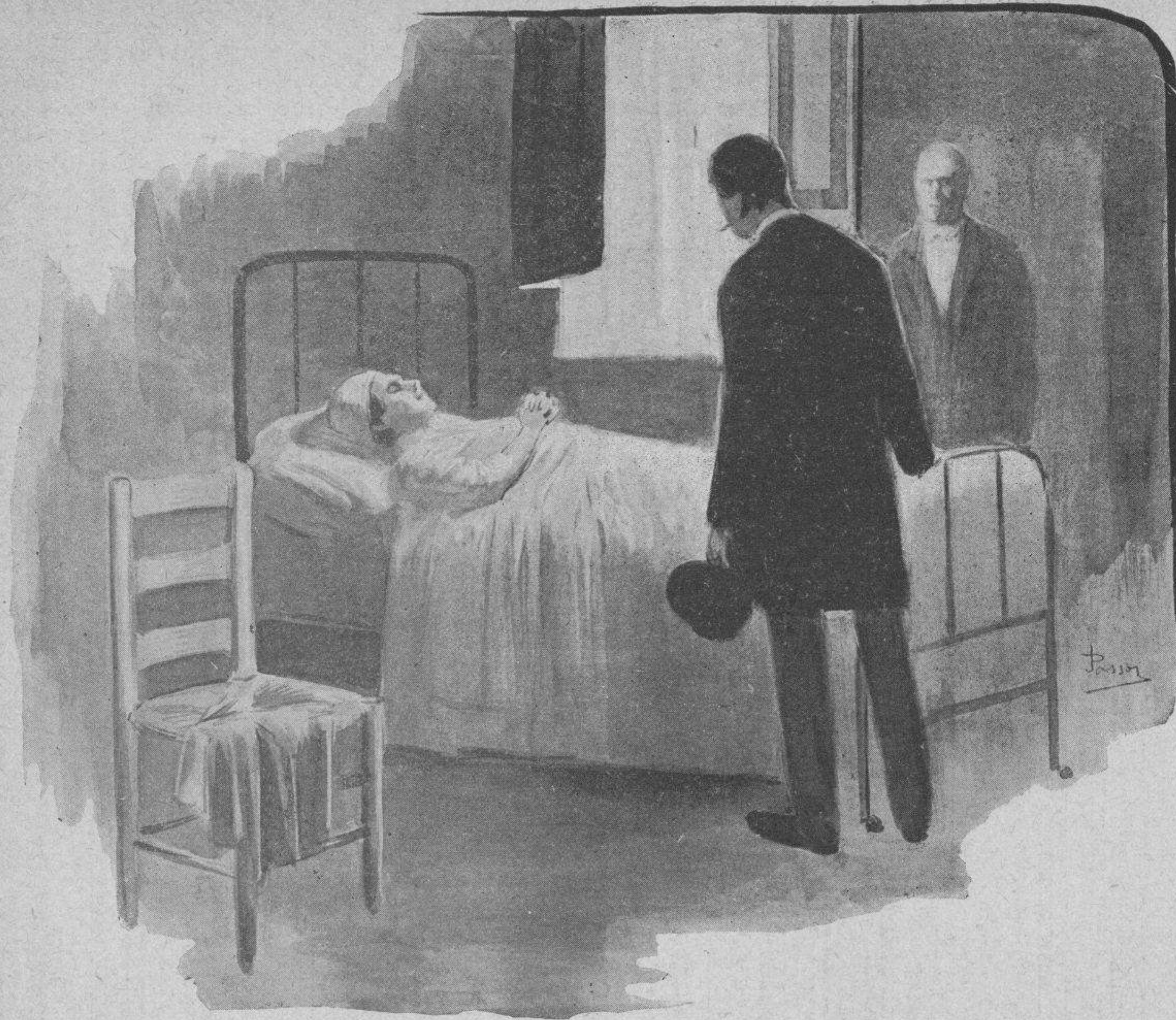
Barcelona 22 de Julio de 1897

Núm. 348

REUTLINGER



Escribiéndole



El primero

«Querido Juan: Esta mañana al presentarme en el Hospital para ver á Camila, me han dicho que acababa de espirar. He llegado á tiempo para ver como retiraban su pobre enflaquecido cuerpo del lecho en que había sufrido y muerto. Como no quiero que la infeliz vaya á parar á la fosa común, he comprado un nicho á donde la conduciré mañana á las nueve. ¿Quieres acompañarme? En este caso ven á buscarme una hora antes á mi casa. Es un obsequio que te agradecerá eternamente tu afmo. amigo, ANDRÉS».

Así rezaba la carta que recibí una noche del mes de Enero de 18..., y cuyo contenido no me sorprendió. Sabía ya que la pobre Camila, postrada en un lecho del Hospital, consumidos los pulmones por una tisis galopante, se iba por la posta. Andrés, su antiguo amante, no la había abandonado en aquella última y triste etapa, proporcionándola, cuando menos, el consuelo de ver durante las postreras semanas de su existencia un rostro amigo que todos los días á las horas reglamentarias se inclinaba afectuoso sobre su cama. Andrés la había hecho asistir, además, en una salita de preferencia, en que casualmente no se encontraba entonces ninguna otra enferma, y la mísera cortesana pudo formarse casi la ilusión de que moría en su misma casa, no en un asilo público.

Al leer la epístola de mi amigo, evoqué en un momento todo el recuerdo de la vulgarísima aventura que uniera por el espacio de algunos meses las existencias de dos seres tan distintos, de almas tan opuestas, como las de Andrés y de Camila. El, espíritu noble, delicado, de un refinamiento artístico, como pocos he encontrado. Ella, hermosa, escultural, pero de entendimiento mezquino, de instintos adocenados que parecían resignarse sin protesta, sin pesadumbre, con su envilecido destino. Andrés la había visto una noche en la calle, y prendado de su física gallardía, la siguió. Desde aquel momento el hombre espiritual, el artista de alma privilegiada, sintióse irresistiblemente atraído por el sensua-

lismo poderoso que despedía aquella Venus matriculada, cuyos encantos estaban al alcance de todas las fortunas. No hubo jamás en la tenaz obsesión que arrastraba al músico-poeta á los brazos de Camila, ese desordenado amor que á veces ciertas cortesanas saben encender, y en el que el corazón concluye por tener parte tan directa como los sentidos. Fué simplemente un capricho violento, de esos que los hombres más idealistas experimentan alguna vez en la vida y que desaparecen á la vuelta de algún tiempo, como desaparece una enfermedad física al cesar la causa fisiológica que la promovió. Pero en Andrés el capricho subsistió con creciente imperio, excitándolo la posesión en vez de apaciguarlo. Desde los primeros días quiso tener la exclusión, y pagando las deudas de la moza, la sacó del infame encierro en que vivía, la instaló en una habitación cómoda, elegante. De ese cambio en su modo de vivir, del quebrantamiento de sus cadenas, mostróse Camila contentísima y agradecida. A tener el cerebro tan bien hecho como tenía el cuerpo soberano, hubiese indudablemente sacado gran partido de la inexperiencia de su amante, de su lasciva chifladura, hasta del soñador idealismo que todo artista encierra en sí mismo. A ser ella inteligente, astuta, más perversa en lo físico y en lo moral, no sé á qué punto consiguiera sujetar la voluntad de Andrés. Pero no..., era tonta, vulgar y pronto se hastió de aquella plácida monotonía de su vida, que en un principio le pareció el colmo de la dicha. Tuvo él que emprender un corto viaje, y á la vuelta se encontró con el nido vacío, deshecho: Camila había vendido el ajuar del piso y largádose... no se sabe á dónde.

Andrés aceptó este desenlace con mucha filosofía, y hasta creo que con cierta satisfacción. Lejos la moza de su presencia, quedaba roto el encanto: el organismo se sentía libre de una sujeción violenta, y el pensamiento recobraba activo su imperio.

—¡Pobre chica! — me dijo con acento sincero—tengo verdaderamente que agradecerle mucho.

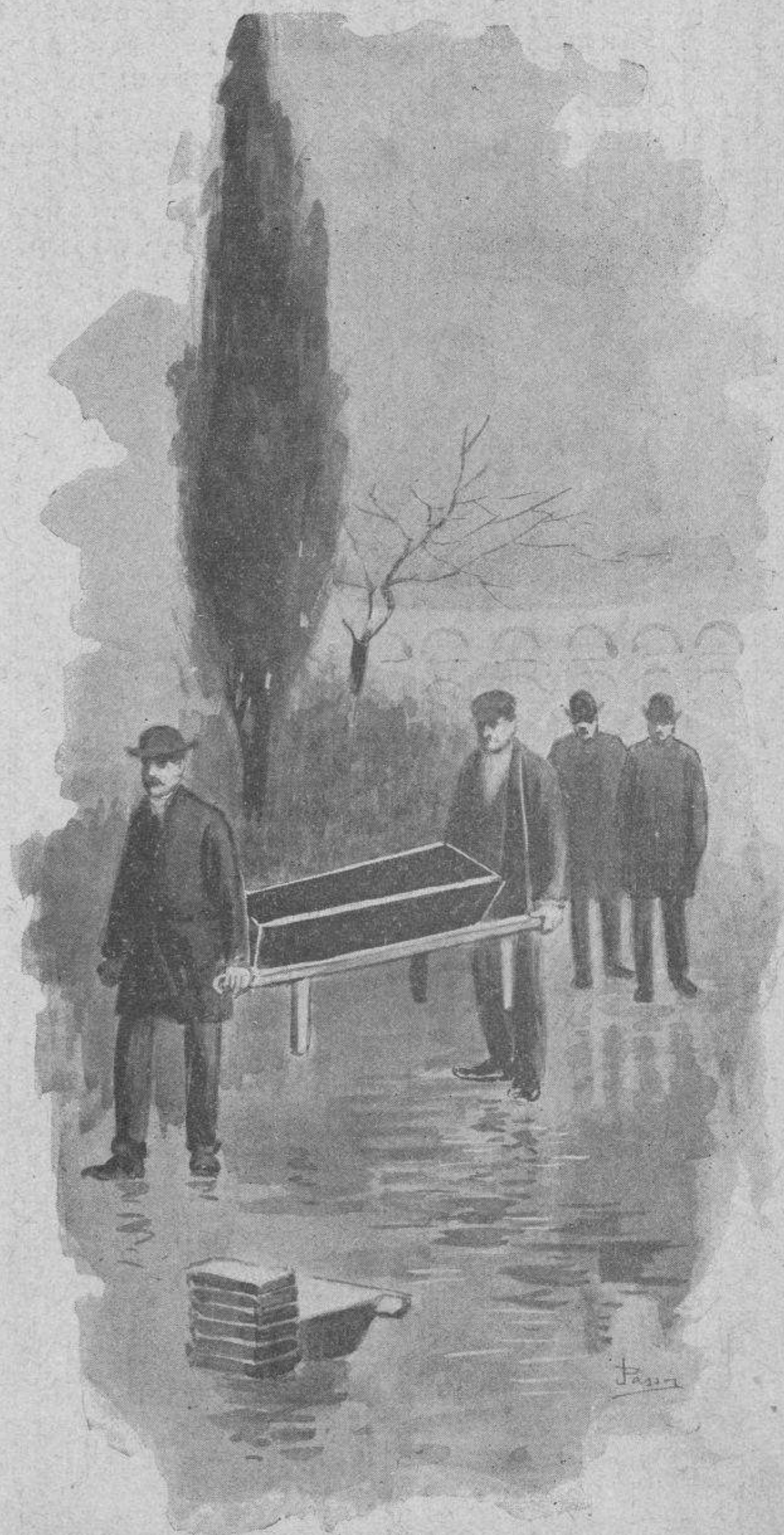
Durante año y medio no supo nada de ella: un día recibió una carta, escrita en horroroso estilo y tremenda ortografía: «Me van á llevar al Hospital—decía en resumen la epístola—y creo que ya no saldré de allí más que para el cementerio; te pido perdón por la trastada que te hice..., y si el Hospital no te da miedo, ven á verme aunque sea una sola vez».

Lo que hizo Andrés lo he indicado ya al principio.

* * *

Al día siguiente, Andrés y yo metidos en un coche, seguíamos tras el negro vehículo que conducía el ferétreo de Camila.

Cuando llegamos al cementerio una niebla densa, húmeda, fría, de la que brotaba una lijera llovizna, envolvía en sus pliegues la vasta Necrópolis, flotaba en las alineadas calles de nichos, arrastrábase sobre los panteones, cubría de diáfanos velos las estatuas de mármol. Del suelo, pringoso y encharcado, como de los muros rellenos de sepulturas, sobre las que destilaba el agua en menudísimas gotas



formando surcos y manchas, escapábase un vaho extraño, algo así como el hálito revuelto de la exuberancia de la vida y de la descomposición de la muerte.

Cumplidas las formalidades administrativas y religiosas (cuatro latines mascullados en voz baja y aprisa por un cura, y una rociadura con el hisopo) cargaron dos sepultureros con las angarillas, sobre las que habían colocado el ataúd, y echaron á andar. Silenciosos, meditabundos, seguimos Andrés y yo tras ellos. No podía ya darse acompañamiento más escaso, y al hacerme esta reflexión me asaltó un pensamiento grotesco... «Sólo dos hombres, me dije, acompañan hasta su huesa á esa pobre criatura. Si todos los que la han... amado momentáneamente la hubiesen rendido este último tributo ¡qué cortejo tan numeroso y tan selectico no sería el suyo!...»

Los sepultureros se pararon en un rincón del Campo Santo. Habíamos llegado á la última etapa, y un hueco en lo alto del murallón formado por el simétrico alineamiento de los cajones mortuorios parecía decir: Es aquí... yo no puedo con ella.

—¿Quieren ustedes verle?—preguntó uno de los dos hombres con el acento indiferente del que pronuncia una fórmula repetida todos los días.

Andrés vaciló un momento; luego sacó una llavecita del bolsillo y la entregó al enterrador. Este dió una vuelta en la cerradura, alzó la tapa del ataúd y...

Mi compañero absorto en la contemplación del rostro amarillento de la muerta, no observó nada del episodio singular que pasó entonces. Pero yo ví al sepulturero dar un paso atrás, luego acercarse de nuevo al féretro abierto y mirar con extraña expresión. Su rostro, naturalmente terroso, aparecía contraído y sus manos temblaban.

—Cierre usted—le dije al cabo de un momento de contemplación.

Andrés ahogó un suspiro y siguió con la vista la última operación. A los diez minutos quedaba ésta terminada, y una tapa de ladrillos encerraba para siempre á la difunta en su postrera alcoba.

Dejé que mi amigo adelantara algunos pasos y volviéndome hacia el sepulturero que recogía sus bártulos de albañilería, le puse dos pesetas en la mano.

—Diga usted—le pregunté—¿la conoció también?

—¿A quién?... ¿á Camila?... ya lo creo.

Y preguntándome á su vez, añadió:

—Este caballero había sido su último... su último querido ¿verdad?

—¡Hombre!...—repuse indeciso—no sé... puede que sí...

—Pues yo fuí el primero—replicó con voz alterada.

Y me volvió la espalda.

JUAN BUSCÓN.

Epigramas

—Obtuve al fin la merced
de que Irigoyen *me oyese*,
pero á gritos, porque es ese
sordo como una pared.

—Debes decir de Irigoyen,
y dispensa te replique,
que es sordo como un tabique
porque *las paredes oyen*.

—Me contestó descarada
cuando la dije al pasar:
«Eres mi sol, sí, mi sol.»
—¿Qué, va usted á solfear?

—En el pueblo en que vivía
con una moza en retozos,
al sacristán varios mozos
sorprendieron cierto día.
Conocido que era un tuno
le armaron el gran jaleo:
le rompieron el manteo
y después *le dieron uno*.

—Busco á dos letrados hoy,
mas con tan poca fortuna,
que por todas partes voy
y no los hallo en ninguna.
Ya se agota mi paciencia
porque no sé donde están.
—Pues pásate por la Audiencia
que en la Audiencia *informarán*.

—Chico, mañana me marchó,
voy á París.—¿Y á qué vas?
—Voy á comprar novedades.
—Pues que *no haya novedad*.

—Al dentista no temía,
pero desde que he sabido
que siempre fué decidido
jugador de lotería,
siempre tomo precauciones
cuando á la boca me llega,
porque me han dicho que juega
en todas *las extracciones*.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

F. KRAUS



Amor y celos

À Catalunya

ESCRITA PARA LA INAUGURACIÓN DEL TEATRO CONSTRUÍDO POR EL «CENTRO CATALÁN» DE BUENOS AIRES

Azares de la fortuna
Y caprichos de la guerra,
En tu magnífica tierra
Pusieron mi humilde cuna,
Sin que á calentar el nido
Llegara el pájaro alegre,
Pues jamás el turbio Segre
Fué por mí visto ni oído.
No recuerdo tus montañas,
Que subí en ajenos brazos
Cuando la patria en pedazos
Desgarraba sus entrañas;
Ni guardo de aquella edad
Más eco ni más memoria,
Que un cántico de victoria
Y un grito de libertad;
Grito que al héroe sereno
En el combate animaba,
Mientras mi madre lloraba
Cubriéndonos con su seno.

Esto es todo lo que oí
Cuando á preguntar llegué;
Sólo en esto me enlacé
Al suelo donde nací;
Pero á él mis versos irán,
Pues en placer ó en dolor
Tuve siempre á grande honor
El llamarme catalán.

De vida y trabajo emblema
Eres, Catalunya mía,
El florón de más valía
De la española diadema.
Diciendo están tus loores
De tu fama pregoneros,
Cien invencibles guerreros,
Cien gallardos trovadores;
Y hasta el mar tranquilo y mudo
Que con tus naves abrumas,

Copia en rizadas espumas
Los colores de tu escudo.
Si ayer al bélico son
Supiste en batalla recia
Arrebatár á la Grecia
Laureles de Marathon,
Hoy noble cultivadora
De las ciencias y las artes,
De tu espíritu repartes
La savia generadora;
Y con gozo y embeleso
España tu gloria admira,
Y á la vanguardia te mira
De la industria y del progreso.
No desmayes, patria amada.
Si ayer por fuerte y guerrera,
Hoy eres también primera
Por laboriosa y honrada:
Blasón más alto, á mi ver,
Y más limpio á no dudar
Que cuantos pueden ganar
La violencia ó el poder.

Y vosotros, catalanes,
Que en esa orilla del Plata
Lográis existencia grata
Realizando vuestros planes;
Vosotros que repartís
Las horas, que pierden tantos,
Del trabajo en los encantos
Y en el amor del país;
Pues dignos de su grandeza
Ser queréis, sin duda alguna,
No os deslumbre la fortuna
Ni os abata la pobreza.
Y libres de todo afán
Decid siempre, cara al sol,
Seguros de que os creerán:
—Hay mucho buen español
Con acento catalán.

MANUEL DEL PALACIO.

Rencor africano

¡Hermoso, más aún, hermosísimo artículo necrológico dedicó Paco Dolún (muchacho casi desconocido en la república de las letras... y en todas las demás repúblicas) á su amigo y maestro el celebrado dramaturgo X. X.!

Dos semanas habían transcurrido desde la publicación de tan notable trabajo en la *Revista Enciclopédica*, y aun estaba en labios de todos y era por todos comentada aquella necrología.

—¿Quién es Dolún?—se preguntaban unos á otros los más egregios literatos, los periodistas más ilustres.

Y ninguno podía dar contestación á la pregunta.

Creyeron muchos que *Dolún* era un pseudónimo bajo el que pretendía velar su verdadero nombre un crítico insigne, y cuyas censuras implacables habían amargado la existencia de X. X., aun en los días de sus triunfos más ruidosos.

Afirmaron otros que el crítico aludido, más apto para la censura que para el elogio,



Fot. Merletti, hecha para LA SAETA

Playa de la Barceloneta á la hora del baño

no habría sabido nunca dar forma á los bellísimos pensamientos, á las sentidas y conmovedoras alabanzas que en el artículo necrológico se contenían.

Y en estos dimes y diretes anduvieron, hasta que el director de la *Revista Enciclopédica* dijo á unos y á otros:

—No se cansen ustedes: *Paco Dolún* son nombre y apellido respectivamente de un muchacho á quien nadie conoce; una *perla* que he descubierto. Esa necrología es su primer trabajo periodístico.

—Pues quien así empieza, mucho bueno promete, — observó uno de los que oían.— Se supone que el artículo, inspirado por usted y acaso por usted mismo corregido, pertenece al inteligente director de la *Revista*, en su mayor parte; pero, aun así y todo, revela en Dolún excepcionales aptitudes.

El director protestó, sin gran energía, contra los que trataban de atribuirle la paternidad del trabajo, y manifestó sinceramente que, si bien, cumpliendo deberes que su cargo le imponía, hizo á Paco Dolún algunas indicaciones, y limó su lenguaje, y corrigió su estilo, y suprimió algunas crudezas propias de quien no tiene el hábito de escribir para el público, y suplió deficiencias tan frecuentes en los principiantes, el artículo se debía al ya mencionado Paco Dolún.

El cual Dolún quedó proclamado desde aquel momento el más brillante de nuestros autores de necrologías.

Así hubo de decírselo el director de la *Revista* al mismísimo Dolún, con quien entabló la conversación siguiente:

—El articulito de usted ha gustado mucho.

—¿De veras?

—Sí, señor: de veras. No; y la verdad es que le salió á usted bastante regularcito. ¿Quiere usted hacerme otro del mismo corte? Por desgracia, el gran novelista Z. Z. está muy malo. Acaso no salga de esta noche, y será de gran oportunidad y de gran efecto que publiquemos su necrología. Ya recuerda usted nuestro pacto; el primer trabajo se

publicó por vía de ensayo; gratis. Hemos salido con gran lucimiento. Ahora por el de Z. Z. cobrará usted quince duros. ¿Hace?

—¡Ya lo creo que hace!—contestó Dolún, para quien aquellos trescientos reales significaban la resolución del problema de la manutención por espacio de treinta días.

—Supongo que usted conoce la obra de Z. Z., y sabe de él lo bastante para escribir...

—Sé y conozco lo necesario de la obra y del autor; pero, aunque nada supiese del uno ni de la otra, lo aprendería esta misma noche.

Dolún, muy satisfecho de la suerte que le había deparado aquel trabajillo, salió de casa del director, pasó por la de Z. Z., donde le enteraron de que, en efecto, el novelador eminente agonizaba, y, contando con las setenta y cinco pesetas, como si las tuviese ya en el bolsillo, consagró toda la noche á escribir el artículo que, á juicio del autor, valía infinitamente más que el consagrado á X. X., y no estaba pagado con los trescientos reales, ni con tres mil lo estaría.

Faltaba solamente poner la hora del fallecimiento y adornar esa circunstancia con alguna consideración adecuada al caso; y para dar ese último toque á su obra, volvió por la mañana á casa del enfermo; y como, por ser temprano, aun no habían puesto la lista, preguntó al portero:

—¿Cómo sigue el Sr. Z. Z.?

—Ya está mejor,—respondió el portero;—ahora descansa.

—Descansa para siempre, comprendo,—murmuró, afectando tristeza, el *necrologista*;—ha pasado ya á mejor vida. Y ¿á qué hora es el entierro?

—No,—replicó el otro,—no: afortunadamente ha mejorado mucho; entró en reacción y ya está fuera de peligro. Ahora duerme.

Y era exacto: Z. Z. no se murió entonces, ni, por fortuna, se ha muerto todavía.

Todos se alegran de que viva; todos... menos Paco Dolún, que se quedó con sus cuartillas y sin las esperadas pesetas.

El articulista fúnebre no perdona á Z. Z. que no haya fallecido.

—Ese majadero,—repite frecuentemente,—me ha estafado trescientos reales.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

El Círculo Romano

Á D. LUÍS DE VAL

¡Ave, César! Las gradas de tu trono
humildes besan hoy tus gladiadores
y aspiran de la lucha en el encono
á alcanzar de tu gracia los favores.
El pueblo ruge, pues con ansia espera
ver la lucha entre el bárbaro y la fiera,
y devora en las gradas agolpado
el cuadro horrible del combate rudo,
en donde brilla el gladio ensangrentado
y retiembla el acero del escudo.

Augusto emperador del mundo entero,
vencedor de Corinto y de las Galias,
que domeñaste fiero
toda tierra que hollaron tus sandalias;
brote de sangre el purpurino río
á cuyo aspecto por tu labio asoma
esa sonrisa que venció tu hastío,
terror del mundo y de la egregia Roma!

De la Hircania los tigres jaspeados,
cuya garra contunde nuestros petos;
del Atlas los leones erizados
que sus cuevas tapizan de esqueletos;
de Cartago la hiena,

y el hórrido escamoso cocodrilo
que aspira el agua del rugiente Nilo,
verás á nuestros pies sobre la arena.

Su sangre, salpicando nuestras vestes,
hará que al orbe entero manifiestes,
yugo poniendo de la suerte al fallo,
el valor indomable
de este pueblo terrible y formidable
que tienes á tus plantas por vasallo.

¡Ave, César! La muerte nos aguarda;
mas en tanto que arda
el fuego que mantienen las vestales,
tus súbditos leales
vencerán los rigores de la suerte.
¡No escaparán jamás: antes la muerte!

.....
Oyóse en esto atronador rugido.

Un león, avanzando enfurecido,
plantóse á saltos de la cerca en medio,
erizó hacia los ternes la melena...
¡y en toda aquella arena
no quedó un gladiador para un remedio!

José M.^a DE LA TORRE.

El español en París

En París hay círculo alemán, círculo ruso, círculo italiano, círculo portugués, círculo belga, círculo austriaco...

Entiéndase que no hablo de casinos. Llamo círculo á la unión de los individuos de un mismo país por los lazos de la amistad y del patriotismo.

Círculo, en fin, de afecciones mutuas, mundo español dentro del mundo francés, familia en el extranjero, confraternidad necesaria lejos del país, no la hay en la capital de Francia.

No, no la hay, ni la habrá, que es peor.

Es regla general que al encontrarse á un español en la calle, ó en el teatro, ó en cualquier parte, después de la aparente alegría del encuentro, se oye siempre esta frase, que á mí me produce dolorosa impresión.

—Yo no me trato con españoles.

—¿Por qué?

Esta pregunta se ocurre siempre; pero el español que esto ha dicho, añade en seguida:

—Ya sabe usted lo que somos. Yo evito en lo posible encontrarme con los compatriotas; no sirven más que para pedir dinero.

Es regla general que el que dice esto suele pedir dinero al mes y medio próximamente.

¡Singular manera de ser la nuestra! Nos lucimos instintivamente lejos de España; en lugar de dominar nuestros odios particulares, parece que se agrandan. París los hace mayores, por efecto tal vez de la misma grandeza.

¡Y qué de chismes, y enredos, y calumnias, y malas pasiones!

Si yo hubiera dado crédito á lo que unos de otros me dicen cuantos españoles encuentro, supondría que aquí no vienen más que los peores de cada casa. Todos quieren, necesitan saber qué hace su compatriota.—¿Conoce usted á Fulano?—Sí.—¿Y de qué vive?—¿Qué sé yo!—Ahí hay misterio.—Mientras á mí no me perjudique...—¡Ande usted con cuidado!—¿Por qué?—¿De qué gasta?—No me meto en eso.

Y siempre la suposición ofensiva, la frase de doble sentido, la acusación traidora...

—Fulano ha dicho que es usted un intrigante.

—Déjelo usted.

—¿Es verdad que Zutano ha perdido á la Bolsa?

—No lo sé.

—¿Cuánto paga usted en su hotel?

—¿Me lo va usted á pagar?

Y si no se les corta el preguntar, no había día para nada.

La chismografía, que es imposible en un pueblo de dos millones de habitantes, ha logrado circunscribirse entre nosotros. Se murmura más en París que en Madrid entre españoles. Dijérase que aquí, donde apenas hay tiempo para nada, el español cobra de alguna parte para averiguar lo que hace el otro.

¡Y qué ricos deben de ser todos!

Todos tienen grandes negocios; todos representan alguna casa importante que está muy lejos. Todos esperan cobrar una letra de América; todos hablan mal de nuestro país precisamente fuera de él, que es cuando da más gana de defenderle.

El tipo es muy variado.

Destaca entre todos el español de siempre, desordenado en el vestir, fumando y escupiendo, hablando á gritos, chapurreando un francés imposible y buscando toda ocasión de perder dos ó tres horas.

Hay españoles para todo tráfico, como las criadas que anuncian en España los periodistas; que cobran comisión de todo y son acompañantes del compatriota rico, y ajustan cómicos para Madrid, y reciben encargos de por allá, y saben cómo se llaman las mujeres bonitas.

Los hay eternamente emigrados, unas veces por fuerza y otras por gusto; discursistas del pasaje Jouffroy; cantonales ó carlistas predestinados; concurrentes al café de Madrid y á los pasajes de al lado y de entrente; traductores á peseta la página y enemigos de la humanidad, por aquello de no tener dinero á mano. Los hay contratistas de todo lo que salga, acabando siempre por salir ellos; hoy traen una compañía de zarzuela, mañana unas flamencas, otro día montan un *restaurant* español; tan pronto venden melones de Valencia como pimientos de la Rioja. Los hay, en fin, profesores de español, que viene á resultar *caló*; maestros de piano, contrabandistas á domicilio, cigarreros, escribientes y recadistas...

Pero esta es la multitud, el vulgo, lo clásico de lo nacional, el tipo que se adivina en

E. KUANS



La bruja del lugar

BARCELONA EN LA MANO



Vista panorámica de la plaza de Cataluña

Fot. A. Merletti, hecha expresamente para LA SAETA

la calle á veinte pasos, moreno, pálido, afeitado de la otra semana, nada limpio y con cara de mal humor; modelo de todos los españoles que se ven en la escena en estos teatros.

El español más curioso es otro.

Es el que declara, aunque lo ponga á tormento, que vive aquí porque allí no puede. París le encanta; tiene más trabajo del que puede desempeñar; aquel país es imposible, y se ha hecho francés por gusto. Tales son sus palabras. Generalmente es un escritor de poca reputación que aquí se presenta á los libreros como notabilidad, ó algún ex-rico de la buena sociedad madrileña, que ha venido á París á ocultar su miseria y aun su apellido. No se le puede oír con calma; ayer comió en Bignon, hoy va á la Ópera, mañana tiene que ir por fuerza al baile de la princesa Sagán...

Por casualidad aquel día va usted á la Ópera ó á casa de la Princesa, busca usted á Fulano, pregunta usted por él...—No sé quién es—responden. Pues ¿á qué viene la mentira? ¿Será un hombre más español ó valdrá más por conocer ó no á tal ó cual persona?

Y es que la vanidad nos mata. En esto de inventarse amigos, conozco un tipo curiosísimo. Le ha dado por suponer, sin duda, que no se le aprecia si no hace creer que está en las mejores relaciones con todo el personal literario ó artístico.

Se habla de Víctor Hugo.—¡Muy buen amigo mío! —dice en seguida. Se celebra un artículo del *Evènement*.—¡Ah, sí! de Aureliano—exclama;—ayer comí con él. Se comenta el éxito de *Lili*.—Ya lo he dicho yo á Millaud—dice al punto mi hombre.

Al principio yo le creía de buena fe, y me referí á él entre mis amigos de la prensa ó del teatro. Cuando me convencí de que este compatriota era un solemnísimo embustero, me propuse castigarle. Una noche íbamos al teatro juntos.—¿A qué teatro?—dije yo.—Al que usted prefiera.

Pasábamos precisamente por el *Gymnase*. —Aquí no habrá billetes—dijo mi hombre.—Si lo hubiéramos pensado antes, le hubiera yo pedido billetes al autor.—Pues es tiempo aún—dije yo...—Voy á entrar á pedirselos de parte de usted, porque á mí me los dió anteayer...

El embustero muy turbado:

—No, no; vamos á otro lado, porque no quiero deber favores...

Otra vez estábamos tomando un bock en el café Napolitano.

Mi compatriota sostenía que la música de cierta opereta no era de Audrán.—¿Conoceré yo á Audrán?—gritaba.

En esto asoma Audrán por la esquina.—Ahí viene—exclamé yo; y el español, colorado como una amapola, se levanta y dice:—¡Ahora vengo, que me están llamando desde un coche!

Otro tipo oculto del mundo español es el enemigo sordo de todo el que aquí vive de su trabajo. Se emplea en escribir anónimos, pretendiendo desacreditar á todo el que le molesta; busca rencillas entre los amigos, indispone matrimonios y hace la policía secreta.

Cree que nadie lo sabe, y va viviendo de la miseria, hasta que un día sale escapado después de haber hecho una picardía de esas que tanto han generalizado aquí la mala opinión contra España.

Hay también farsantes de primera clase, españoles *extra*, empeñados en convencernos de que disponen de grandes influencias en Madrid, y yendo siempre á caza de una sociedad ó congreso que compre un ferrocarril ó funde un Banco, ó *cosa así*, en España. Como el personaje del cuento andaluz, van siempre proponiendo meter el cuerpo, y entre tanto ganan meses en el hotel y pagan luego con creces ó con cruces.

Pero no digo nada del español enamorado, perseguidor de aventuras y obstinado en que le quieren por su buena cara, y renegando de toda mujer que le pide dinero, como si él hubiera venido expresamente á conquistar *cariño* por aquello de que el amor *puro* sale por una friolera.

Cuento de nunca acabar sería detallar la variedad de individuos de la impura raza y con el mismo objetivo, que consiste siempre en despreciar la patria en Francia, aborrecer al compatriota, querer pasar por el mejor y probar que se vive del aire.

Somos siempre los mismos. La vanidad nos ciega, la envidia nos devora, el bien ajeno nos entristece, y en París como en Madrid, ó como en donde se habla la hermosa lengua hispana, en juntándose cuatro ó cinco en cualquier parte, no hay más defensa que quedarse el último, porque, si no, al salir antes que los demás, puede tenerse la seguridad de que la conversación será siempre la misma: devorar al ausente y alabarse á sí propio, sin olvidar de cuando en cuando la calumnia risueña defendida con apariencias de duda.

No hay compatriotas mejores que aquellos á quienes apenas se les ve, y es porque están trabajando siempre en su tranquilo hogar, sin ridículas pretensiones.

EUSEBIO BLASCO.

La copa

No enseñes las heces.

*Dans Thulé fût un roi
naguère...*

Cuando el coronado bebedor advirtió que á fuerza de libaciones había quedado vacía la áurea copa y que sus compañeros de borrachera iban á ver el fondo de ella, á fuer de prudente, por una ventana lanzó el tazón al seno de las embravecidas aguas.

Aquel será avisado que no dejará ver nunca el fondo de la copa de la vida. La humanidad entera celebra de continuo un banquete ó una orgía. ¡Guay de aquel que, harto confiado, deja ver al vecino el fondo de su copa! Cuando cualquiera advierte las heces que en el fondo de toda copa quedan, después de haber apurado el licor vital, siente desprecio y repugnancia invencibles y aparta con asco la mirada de aquel trasto que antes examinaba con profunda curiosidad, anhelando descubrir el secreto que á su juicio guardaba.

Y las copas simbólicas de los hombres no son sino un corazón y un cerebro. Aquel que las vacía por completo está perdido si alguien fija sus miradas y advierte en ella las heces que deja la existencia; zurrapas amargas, pozo maldito, sedimento compuesto de dolor y desilusiones, esencia de la vida que ha crepitado y centelleado en otra forma, sin cristalizar.

Un sujeto, poco antes de morir, llamó á sus dos hijos y les habló así:

— Vais á vivir por cuenta propia. Tratad de aprovechar la expe-



riencia ajena. Los hombres todos, por impulso superior á su voluntad limitada, andan persiguiendo un secreto que nunca les será revelado por completo. La ley del progreso lo exige así. Ese afán que tienen todos por descubrir lo incógnito hace que respeten todo lo desconocido, todo lo misterioso, toda fuerza que no ha sido ponderada todavía. En cambio desprecian todo lo conocido, cuanto no ofrece enigma alguno. ¿Por qué? Porque satisfecha su curiosidad, saben que no es posible hallar en lo visto y conocido y descifrado el secreto que buscan. Cuidad, pues, de que nadie lea en vuestros corazones; pensad que de vuestra discreción depende vuestra suerte. Guardad siempre para el amigo íntimo, para el hermano, para la mujer más querida un rincón obscuro, un repliegue impenetrable, una sombra que no pueda disipar toda la luz de la agena curiosidad. Hacedlo así y seréis respetados y temidos. Pero si acaso por una nobleza y generosidad que os dominan aparecéis desnudos ante los ojos ávidos de vuestros semejantes, si explicáis vuestras esperanzas al que desea conocerlas, entonces podéis llorar como pérdida vuestra existencia, y al entregar vuestro último secreto, suicidaos.

Murió el viejo. Sus dos hijos eran el anverso y reverso de una medalla. Uno listo, obtuso el otro. Aquél instruído, generoso; éste ignorante y avaro. Y ambos comprendieron la vida de distinto modo.

Tuvo el hombre de talento un amigo entrañable y una mujer á quien quiso más que á sí mismo, con esa adoración que los mártires sentían por su Dios; creyó en ellos y, juzgándolos dignos de su cariño, se reveló á sus ojos tal como era verdaderamente: con sus debilidades y su fuerza; con sus desfallecimientos y sus exaltaciones; con su vuelo orgulloso y sus caídas mortales. Y el amigo y la esposa escucharon con avidez, y luego huyeron juntos tratando cada cual de descubrir su secreto. Y el hombre de talento, comprendiendo demasiado tarde que había dejado ver las heces de su copa, siguió el consejo de su padre y se suicidó.

El torpe avaro, el ignorante incorregible, tuvo mejor memoria. Vivió reservado, reconcentrado en sí mismo, sin dejar adivinar sus planes. Siendo pobre, pasó por rico; tonto, tuviéronle por listo; no habiendo sentido jamás el amor, creyéronle amante; calló los engaños de que fué víctima, y con ostentación habló de aquellos que había logrado engañar. No enseñó las heces de su copa; pero tampoco bebió el licor que da la vida. Y fué todo lo feliz que puede ser un hombre.

Y cuando por su propio peso, vencida por la gravedad, se hundió la áurea copa en el mar sin orillas de la muerte, el hombre espiró.

A. RIERA.

A Don Quijote

SONETO

Alto, seco, rugoso, amojamado,
como en miseria y lobreguez parido,
aquí por recias aspas sacudido,
allá con rudos golpes magullado;

de andariega hermosura desdeñado,
y de punta de amor muy mal ferido,
coces, piedras y estacas te han molido
lloviendo sobre tí como un nublado.

No es de extrañar, aun cuando á alguno
[asombre,
si larga prole que al contar me pierdo
heredera dejaste de tu nombre;
que á medias sabio, como á medias lerdo,
tú eres la lucha que mantiene el hombre
obrando loco y razonando cuerdo.

EMILIO FERRARI.

Soneto

Considera que en humo se convierte
el dulce bien de tu mayor contento,
y apenas vive un rápido momento
la gloria humana y el placer más fuerte.

Tal es del hombre la inmutable suerte;
nunca saciar su ansioso pensamiento
y al precio de su afán y su tormento
adquirir el descanso de la muerte.

La muerte triste, pálida, y divina
al fin de nuestros años nos espera
como al esposo infiel la fiel esposa;
y al rayo de la te que la ilumina,
cuanto al malvado se aparece austera
al varón justo se presenta hermosa.

EMILIA PARDO BAZÁN.

BISSON



Céfiro blando

La retirada

Oía misa una parte de nuestro ejército en la plaza de Tetuán el día 11 de Marzo de 1860; fué interrumpida la ceremonia por el ataque de las kábilas del Riff á las tropas de la división Echagüe. La primera de reserva, acampada en las inmediaciones de la ciudad, dejando sus tiendas apresuradamente, se lanzó á paso ligero hasta colocarse á la vanguardia. El camino era agrio y desconocido; las piezas de artillería rodada tenían que ser subidas á brazo por las escabrosas pendientes; el enemigo se mostraba audaz y temerario en demasía. Luchamos con resuelta ventaja durante siete horas; anduvimos legua y media en persecución de los marroquíes, y á las ocho de la noche terminó la batalla, quedando á la cabeza de nuestras divisiones la primera de reserva, frente á los dispersos grupos de la retaguardia enemiga.

Teniendo en cuenta los peligros de la obscuridad y el desconocimiento de los caminos, aguardábamos todos que se dispusiera la retirada por escalones, pero se mandó *doble derecha*, resultando la cabeza á la cola, y en el extremo de la retaguardia quedó la compañía de granaderos del batallón de Luchana.

Mientras que el tercer cuerpo andaba sólo algunos pasos para meterse en su campamento, y el primero y el segundo le seguían con tranquilidad, y mientras que el general en jefe escribía el parte de la batalla, considerando que la retirada se había efectuado sin tropiezo, he aquí lo que sucedió á la primera división de reserva, al batallón de Luchana y á su compañía de granaderos:

Tomaron las tropas la orilla izquierda del río Jelú, siguiendo un camino agreste y á cada instante interrumpido por barrancos y arroyos. Los soldados se detenían en los pasos difíciles, atravesándolos con precaución, pues iba aumentando la obscuridad, y corrían á incorporarse á sus filas, produciéndose pequeños claros de escuadra á escuadra, mayores de compañía á compañía, considerables entre los batallones y excesivos entre los cuerpos.

Así quedaron: la primera división de reserva, separada completamente del resto del ejército; el batallón de Luchana, muy lejos de su división, y la compañía de granaderos, que cubría la retaguardia, aislada y perdida en el desconocido camino.

A las nueve de la noche, después de pasar un desfiladero, tres oficiales y cinco soldados de la referida compañía nos hallamos solos. El enemigo, siguiéndonos en la retirada, marchaba por la orilla opuesta del río, disparando á mansalva sobre nuestras tropas. Ponía luces para que tirásemos á ellas, creyendo sorprendernos con este ardid y descubrir por los fogonazos el camino que llevábamos. Aunque nuestros soldados no respondían al fuego ni se dejaban engañar, los moros, prácticos en el terreno y muy acostumbrados á ver de noche, no erraban la puntería.

Al remontar una altura el pequeño grupo de los rezagados, le hicieron fuego, y á uno de los granaderos le atravesaron la rodilla izquierda. El infeliz, llevado en hombros de sus camaradas, pugnaba por ahogar los quejidos, á pesar de lo espantoso de sus dolores; pero en el profundo silencio que nos rodeaba se oía hasta la respiración, y los moros nos seguían la pista, enviándonos de cuando en cuando una granizada de balas que pasaba sobre nuestras cabezas.

Marchando trabajosamente por entre rocas y jarales, notamos que nos aproximábamos al río, metiéndonos en un matorral infranqueable. Considerándonos perdidos, gritamos con todas nuestras fuerzas:

—¡Luchana!

Pero sólo nos respondió otra descarga de los marroquíes.

Aparecieron por nuestra izquierda dos bultos blancos, y oímos choque de herradura contra las piedras.

—¡Ahí están!—dijimos reuniéndonos y preparándonos á morir matando.

—¿Quién va?—preguntó una voz con enérgico acento.

—¡España!—contestamos.

Se acercaron los bultos y reconocimos á dos húsares de la Princesa, un jefe y un soldado, que en aquella singular retirada habían perdido á su regimiento. El jefe era Aldama, que aun traía en cabestrillo el brazo herido en la famosa carga de los Castillejos.

Retrocedimos para salir del matorral, siguiendo á la aventura otra senda. Aldama se bajó del caballo para que pusiéramos en él á nuestro herido. El otro húsar no vió ó quizá no quiso ver la acción de su jefe y continuó montado.

En esto el veterano teniente Hernández, que tenía vista privilegiada, nos detuvo con brusco ademán y extendió el brazo, señalando una confusa línea blanca que vagamente se descubría á cincuenta pasos de nosotros.

Los marroquíes habían atravesado el río y nos cortaban la retirada.



En el Parque

Permanecemos inmóviles, agrupándonos instintivamente, viendo con indescriptible ansiedad cómo avanzaba y se extendía la línea de los jaiques.

El veterano Hernández examinó con rapidez el terreno, vió una abertura en la maleza y nos dijo resueltamente:

—¡Por aquí!

Y por aquella angosta abertura, cima de un despeñadero, nos arrojamos sin vacilar, hombres y caballos, á tiempo que los moros anunciaban su presencia con una descarga formidable.

Rodamos por la erizada pendiente, yendo á caer de manera providencial en el verdadero camino. Ni el herido ni el húsar cayeron de sus corceles; galopando éstos, y corriendo los infantes de un modo tan desesperado que igualaba en velocidad á la de los caballos, seguimos por la única senda de salvación, perseguidos durante algunos minutos á balazos, ya inútiles afortunadamente.

A las diez y media de la noche alcanzamos la retaguardia del ejército, que todavía no llegaba á sus tiendas. Caímos desfallecidos, sin aliento ni para lamentarnos, al divisar los capotes azules de los granaderos de nuestra compañía.

Los soldados del tercer cuerpo, que estaban comiendo su ración ó rasgueando las guitarras, nos contemplaban con asombro.

Apeamos al herido, que se sostuvo en la fuga abrazándose con vigor al cuello del caballo, y vimos que el húsar permanecía en igual postura sobre el que montaba, sin moverse. Tenía el cuerpo atravesado de parte á parte por una bala. La pelliza, resaltando sobre el grupo de los fugitivos, sirvió de blanco á los moros, y desde el principio de nuestra vertiginosa carrera el húsar había cabalgado muerto.

A. LLANOS.

El nido abandonado

I

Con profunda emoción, tras largos años en que viví alejado de mi aldea, vuelvo á ver mi casita que blanquea entre viejos nogales y castaños. Herido por amargos desengaños la encuentro abandonada; ya no humea como antes su empinada chimenea, ni en su corral se albergan los rebaños. Nadie á su puerta sale á recibirme; sólo veo las pardas golondrinas que en el alero del tejado moran, y aunque quiero marcharme, no sé irme, que al mirar con espanto aquellas ruinas mis pies se clavan y mis ojos lloran.

II

Secos están los árboles frutales que en otro tiempo su verdor lucían, cuando á picar sus frutos acudían en tropel los indómitos pardales. Secos también contemplo los parrales cuyos frescos racimos se mecían entre las verdes hojas, que ascendían cubriendo en las ventanas los cristales. En lo que fué jardín no hay una rosa, ni siquiera una humilde violeta, todo lo invade el triste jaramago. ¡Qué horrible soledad tan espantosa! Hasta en el muro la profunda grieta muestra del tiempo el invencible estrago.

III

Ya no se escucha el canto acompasado del altivo sultán del gallinero, ni la sonora esquila del cordero que bala y trisca por el verde prado. No llegan en montón desordenado los gorriones que asaltan el granero, ni vienen á posarse en el alero las palomas que diezman el sembrado. ¡Ay mi casita blanca! Tú que fuiste nido de amor en mi niñez tranquila, hoy ya deshecho, abandonado y triste; al dejar para siempre tu morada las lágrimas enturbian mi pupila por los recuerdos de mi edad pasada.

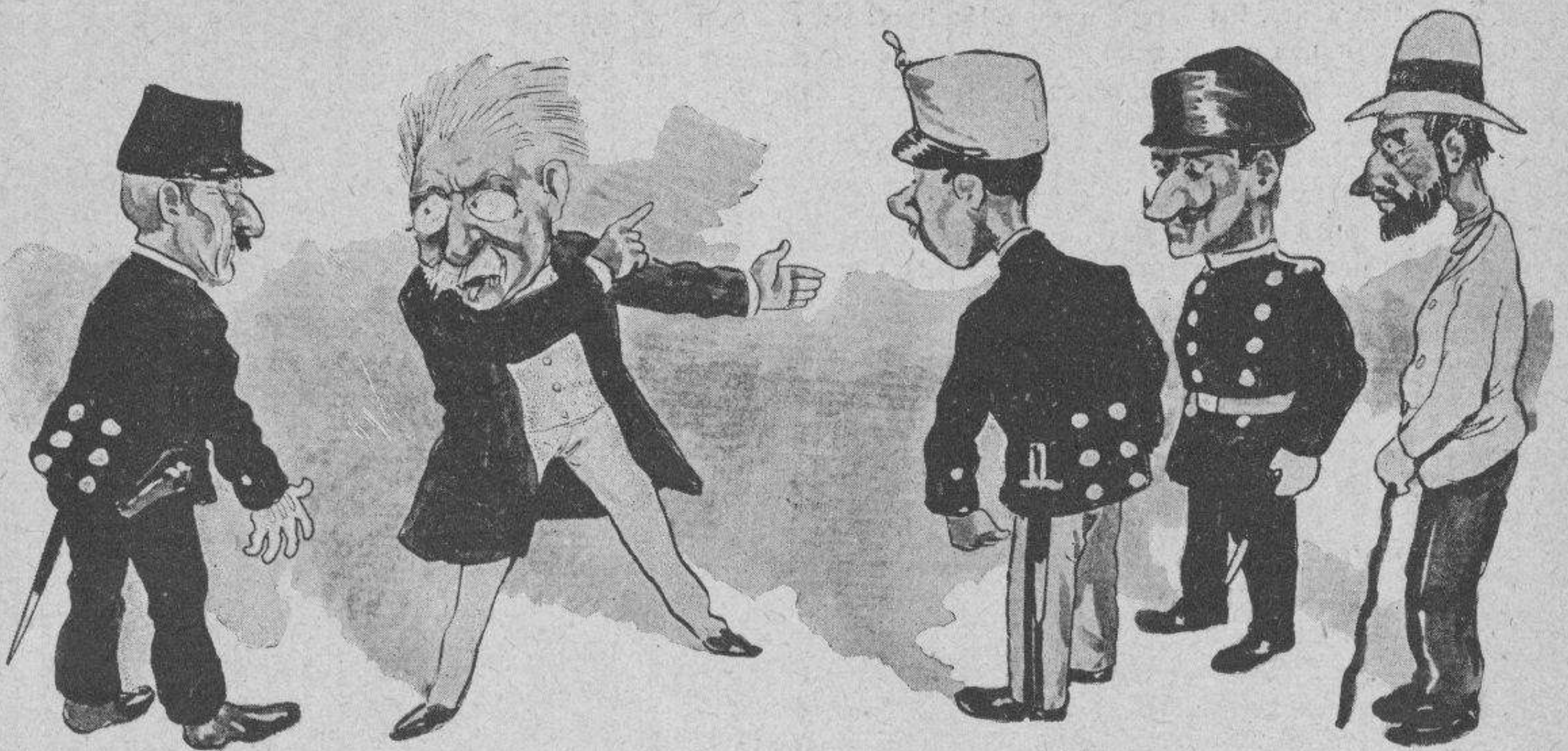
IV

Mi santa madre, que al nacer el día y al oír en la ermita la campana, saludando á la Virgen soberana me enseñaba á decir «Ave María», Mi venerable padre, que volvía de cultivar nuestra heredad lejana, y descubriendo su cabeza cana nuestra modesta mesa bendecía, mis hermanos, que andaban siempre unidos trepando por los árboles del huerto para coger los codiciados nidos. Todos aquellos que en mi hogar desierto vi en las noches de invierno reunidos, ya no me abrazarán ¡Todos han muerto!

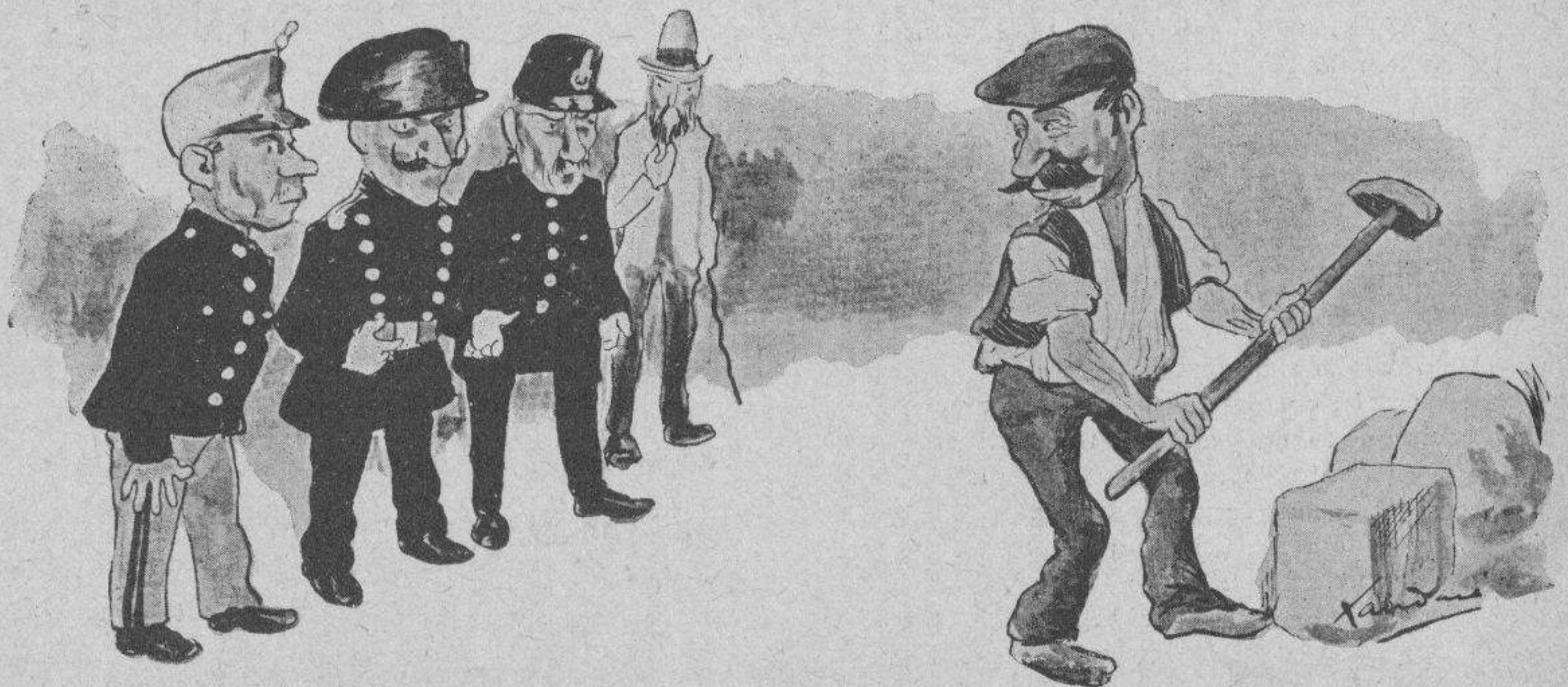
SANTIAGO IGLESIAS.



¡.....! ¡..... Bilbao!



—¡Vivo! ¡en seguida! ¡A las armas *too* el mundo!



—¿Pasa algo por ahí?

—A mí nada... ¿y á ustedes?



—Decidme, niño: ¿cuántos son los enemigos del alma?

—Dos: mundo y demonio.

—¿Y la carne?

—La carne... la han suprimido por ahora los abastecedores.

Y efectivamente, los barceloneses y los habitantes de los que fueron pueblos del llano, hemos estado á punto (¡cosa natural con estos calores!) de quedarnos... sin carnes.

Afortunadamente, nuestro Alcalde ha velado por nuestra robustez, y ha defendido á la ciudad contra las pretensiones de los acaparadores.

La lucha (como es natural tratándose de tal artículo) ha sido en-carni-zada.

Pero de ella ha salido al fin vencedor el señor Coll y Pujol. Que, como todo el mundo sabe, es hombre de pocas carnes.

¡Pocas... pero bien empleadas!

—♦—

Siendo cajero Vicente, le tentó sin duda el diablo, y huyó llevando consigo un taloncito del Banco.

Fué tras él la policía, pero se cansaba en vano, porque con sus tres talones corría mejor que un galgo.

—♦—

—¿Quiere usted algo para San Juan de Luz?

—Nada, muchas gracias, divertirse.

A los pocos días:

—¡Usted por aquí! yo le contaba ya en San Juan de Luz.

—¡Si nunca he pensado ir!

—¡Como me dijo usted que si quería algo!

—¡Ah, bien! pero es que iba á escribir á un amigo.

—♦—

Un novio ha abandonado á su novia antes de llevarla al altar, porque descubrió que la mayor parte del pelo que lucía su adorado tormento era postizo.

Suele llevarse un camelo de los de marca mayor, el que quiere con anhelo, cuando le flecha el amor, tener el amor *al pelo*.

—♦—

Armando Guerra se llama el marido de Ana Serra, y siempre están en la cama ella y él, Armando Guerra.

J. BRAVO

—♦—

—Diga usted: ¿dónde encontraría yo un talismán que me sacara de apuros?

—¿Un tal Ismán? no le conozco, pero lo preguntaré?

—♦—

—¿Qué te parece Rosario?

—Una mujer que me llena.

—Chico, pues á mí al contrario.

—♦—

—¿Cómo te llamas?

—Tander.

—¡Vaya un nombre que escojiste!

¡Hombre, ese santo no existe!

—¿Qué nó?

—¿Cuál es?

—San-tander.

—♦—

¡Cielos! ahora noto que no he dejado espacio para la sección de *Correspondencia*.

¡Y eso que hay un montón de cartas para contestar!

En fin, las dejaremos para la semana que viene.

¿Verdá, ustedes?

Sí, sí; dejémoslo.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona